

Prefacio

Miguel García-Baró

No se dirá que nuestro libro lleva un título convencional y usado, incapaz de atraer la atención de nadie... Pero la verdad es que el amor es la clave de lo santo, y lo santo mismo -y esa atenuación de lo santo que es lo sagrado- está en el núcleo de cuanto en política es sumamente serio, para bien y para mal.

En nuestra Universidad, el equipo de investigación que lleva adelante el proyecto I+D+i *Fundamentos filosóficos de la idea de solidaridad: amor, amistad, generosidad*, después de organizar las XV Jornadas Internacionales de Filosofía, en las que se reflexionó críticamente sobre la relación entre lo santo y lo sagrado, de un lado, y la acción moral y política, del otro, se propone ahora, pasado un corto tiempo, compartir sus logros con la comunidad científica publicando el libro que recoge buena parte de las investigaciones que se presentaron y discutieron en el mencionado congreso.

No es necesario abundar -la prensa diaria ya lo hace, y no siempre muy bien- en la importancia de pensar de veras sobre la presencia social de la religión en el mundo actual. Brotes de gran violencia y de gran generosidad; ofertas que imposibilitan el logro de la vida y ofertas que brindan un sentido radical a la vida humana; quiebra de los valores éticos fundamentales en nombre de la religión y respuestas de una radical coherencia ética por fidelidad a la vida religiosa... Todo esto se encuentra muy a la vista de una humanidad muchas veces perpleja y muchas otras recelosa ante el espectáculo; y otras, también, fanatizada por esta o aquella de sus manifestaciones. ¿Cómo podría un grupo de filósofos convocados por una universidad jesuítica pasar indiferentemente por alto semejantes tribulaciones?

Para pensar adecuadamente la ambigüedad de la vivencia religiosa en la cultura actual es necesario revisar con parsimonia crítica la relación entre lo sagrado y lo santo. Las aportaciones que el lector encontrará en el cuerpo de varios de los ensayos de este libro ofrecen esta crítica con el deseo de brindar criterios claros de discernimiento, aun a sabiendas de que distinguir lo sagrado de lo santo es un tema contemporáneo, que la tradición no planteó en estos mismos términos. Se trata aquí de un intento de recuperar, a través de una tarea de purificación, la potencia ética y política contenida en las diferentes tradiciones religiosas.

Pero sin fijar la mirada en la naturaleza del amor no cabe entrar en la esfera de lo santo.

Aquí la confusión es inmensa. No ya se han mezclado los significados de las viejas palabras *philía*, *eros* y *agape*, sino que, en correspondencia con los ídolos contemporáneos -cuya cifra quizá sea el Dinero-, la misma noción de amor aparece devaluada y arrastrada. Seguir acordándose de que Dios es amor de benevolencia (*agape*) según la definición del Nuevo Testamento y de todas las tradiciones cristianas resulta algo incomprensible y abierto a toda clase de tergiversaciones; una de las cuales, y no precisamente la menor, es contraponer el amor a la justicia y volverlo un concepto inaplicable en política.

El amor es esencialmente *misterio*: misterio de compromiso, seriedad y gozo en la vida del ser humano y Misterio de la trascendencia santa que todo lo funda.

Nada es tan importante en el proceso de nuestros aprendizajes como distinguir desde bien pronto los meros problemas y los misterios. En la raíz de esta palabra se entendía antiguamente que está el gesto de sellar los labios con el índice para mandar silencio al que *se inicia* en un rito sagrado. Los profanos no iniciados no deben saber nada de aquello a lo que por ellos mismos no han tenido acceso, porque lo tergiversarían, lo echarían a perder en sus entendimientos y sus habladurías. Lo realmente importante tiene que mantenerse en lo secreto. Todo

lo más, los que aún no lo han penetrado tendrán derecho a saber el camino del santuario...

Un misterio es, en efecto, algo así como un inmenso problema que nos asalta sin que queramos nosotros planteárnoslo. Su aparición en el horizonte o el camino de nuestra vida es un verdadero golpe, un *trauma*, como se dice en griego (un *événement* o *acontecimiento*, como se dice hoy con alguna frecuencia). El misterio hace que cambie la ruta de la vida, transforma la figura de la existencia que se encuentra con él. Significa demasiado (demasiado en poco o en mucho). Nunca lo dejamos atrás del todo, como sí dejamos el problema, una vez que tenemos la técnica o la empiria para resolverlo cada vez que vuelve a presentarse. Un problema resuelto que de nuevo aparece ya no es más que la ocasión para aplicar un procedimiento que hace tiempo que conocemos y sobre el que ni siquiera tenemos que pensar ahora –por más que quizá sí tuvimos mucho que pensar cuando lo descubrimos por nosotros mismos o lo aprendimos en alguna fase de nuestra formación-. Un misterio queda en el fondo de nuestra vida y, aunque hayamos logrado cambiar el rumbo de esta y no quedarnos paralizados por el encuentro con él, su exceso de significación (positiva o negativa) nos acompaña como un motivo constante de nuestra vida en lo profundo.

El misterio se parece a lo que la Grecia arcaica llamaba *enigma*, cuya figura principal era el oráculo que formulaban en un verso los sacerdotes del santuario de Apolo en Delfos, dando así articulación al grito de la sacerdotisa inspirada por el dios. El verso enigmático de Apolo necesitaba una *interpretación* por parte de quien lo había pedido. Su sentido era ambiguo. Esta interpretación se tenía que hacer con la propia vida, dejándose vivir, a base de tiempo y sucesos importantes; y, sobre todo, no estaba, en realidad, jamás concluida. Siempre podía pasar que el futuro, con sus novedades, cambiara evidentemente el sentido auténtico que debía darse al divino enigma. En cierto modo, aunque fuera a veces público qué había dicho el dios, el sentido real de sus palabras era un secreto que meditaba

continuamente sólo quien lo portaba como dirigido a él mismo. Y su meditación era más bien una *comprobación* llevada a cabo con la marcha misma de su vida y en la oscuridad íntima de ésta.

La vida, el alma en su trayectoria desde la cuna a la sepultura, como una interpretación abierta, progresiva, indefinida, del divino enigma, cuya palabra oímos cuando el acontecimiento traumático nos impulsa a pedirla (él mismo es el mensaje del Dios para nosotros en el secreto íntimo). Así presenta ya la filosofía platónica (o socrática) el misterio. Y Sócrates solo sabía de amor y de muerte...

Dos géneros de “problemas”, que por fuera, en la superficie de las cosas y las vidas, los confundirán los hombres frívolos. Dos géneros de saberes, que también tenderán siempre a confundir los hombres excesivamente hábiles, por decirlo con ironía y sin insultar el secreto de las almas.

De todo esto se puede y se debe hablar, para advertir incluso a quien no ha pasado por el trance del enigma aún, si es que hay alguien así sobre la tierra; pero se prestará siempre a equívocos y malentendidos, porque una cosa es el mundo y sus problemas y otra, próxima pero distinta, los misterios que lo insondable nos envía, muchas veces a través de las otras vidas y, en lo fundamental u original, ya por el hecho mismo de hacernos nacer y vivir a la aventura de nuestro trayecto *misterioso*.

El hablar de los hombres es él mismo un equívoco inextricable. La lengua se ha hecho para comunicar tanto las alegres facilidades y pasos llanos de la vida como sus problemas, los mecanismos de resolución de éstos y, también, los enigmas y la meditación secreta y misteriosa de su sentido. En la lengua se expresa el mundo, pero con sus factores de alma y de insondable *dentro* de alguna manera, no sólo con sus cosas (los fenómenos, su naturaleza, sus maravillas). La lengua es una, pública, universal, traducible, entendible por todos los hombres de todos los sitios y todas las condiciones y edades –aunque necesiten normalmente compartir grandes segmentos de mundo histórico cotidiano los

que de veras pueden compartir una lengua-. Las lenguas son la lengua en sus variantes. Ninguna lengua es intraducible ni puramente privada, por más privados que sean siempre muchos de los sentidos que comparecen a medias, en enigma, en las palabras intercambiadas.

De aquí que hablar, darse mutuamente discursos, o sea, *dialogar*, constituya una actividad de innumerables estratos, abierta a todas las alegrías y a todas las decepciones. Es la tierra de la confianza ilimitada y de la traición absoluta, aunque solemos pensar que la fe y la traición están más en el dominio de los actos del cuerpo que en el dominio de los actos del habla. Justamente porque el alma es secreta y está callada, pero el mundo permanece abierto y comunicado, y ya contiene de alguna manera las almas y ya viene y va de alguna manera desde y hacia lo insondable, es tan maravillosamente enigmático que nos hablemos unos a otros incluso a través de inmensos arcos temporales, como ocurre cuando leemos en lenguas que ya nadie habla hoy. Y precisamente es en ellas donde tenemos que buscar los primeros responsables del núcleo de significado de nuestro mundo cotidiano en su largo devenir histórico.

En esta perspectiva, las advertencias platónicas acerca de cómo nunca nadie propiamente escribe lo que más importaría escribir ni dice siquiera lo que más importaría decir, son simples afirmaciones triviales, evidentesísimas.

Lo es menos aquella otra afirmación de Diotima, el personaje enigmático del *Simposio*, cuando dice que el mero estar juntos es ya el primer parto del alma humana. Pues el estar juntos es ya diálogo, diálogo silencioso y en el misterio, *conversatio in caelo*. Hablar de veras estando de veras juntos es infinitamente más relevante, a propósito de los misterios de la vida, que escribir y leer sobre ellos; aunque todo se necesita.

Y ¿qué puede ser, en medio de esta compleja situación, la filosofía? En realidad, ya la hemos definido: es ante todo la raíz de nuestro comportamiento respecto de lo misterioso de la existencia (o sea, este mismo comportamiento en

su esencia peculiar); secundariamente, es también el análisis de cómo determinar adecuadamente las diferencias y las relaciones que afectan a la totalidad de la vida y de sus ingredientes y correlatos.

La tradición llamaba *física* y *ética* a los dos aspectos sobresalientes de lo que es en primer término la filosofía, porque se trata en el primero del conocimiento de las naturalezas de las cosas todas y, en el segundo, de la dirección y el dominio de la conducta del hombre en su trayecto por medio de la realidad. La física trata de lo que realmente hay y la ética, de lo que realmente debe llegar a haber. Después de la identificación de la física con la técnica exacta sobre el mundo, a la física de los antiguos se la ha solido denominar más bien *metafísica*. Así que la metafísica o física clásica es la meditación sobre lo insondable, las vidas, el mundo y mi vida, en sus múltiples relaciones recíprocas y sus respectivas naturalezas. La ética es el lado directamente práctico de esta meditación, cuyo tema se resume en la pregunta por el bien perfecto. Ésta es en absoluto la primera de las cuestiones de la vida.

Hay necesidad absoluta de la meditación (y la acción consecuente) sobre el bien perfecto; y hay casi absoluta necesidad de meditar, para que el misterio del bien perfecto se presente en todo su esplendor, en la naturaleza y las clases de la realidad, por un lado, y, casi más todavía, en la naturaleza y las clases de la verdad, por otro.

He aquí, pues, por qué y cómo es tan difícil la lengua de la filosofía y, en general, la trasmisión de ésta. Si ya vivir en ella, aunque sea responder consecuentemente a una necesidad que más bien es *la* necesidad primordial, no es nada fácil, tratar sobre ella, hablar desde ella, escribir en ella, intentar alguna forma de su comunicación y hasta su enseñanza, es aún un asunto más complicado y casi imposible. De hecho, se podría decir sin exagerar que toda la meditación de Sócrates se dedicó a este problema, y ya se sabe que esta dedicación le costó la vida conforme a sentencia legal de un tribunal en la ciudad

democrática. No disminuyamos nosotros –no tenemos ningún derecho a hacerlo- la dificultad de la cuestión.

Lo único evidente es que la lengua de la filosofía no puede ser sino la lengua materna, única, pública, traducible; pero que habrá que usarla en constante referencia a aquello de lo que propiamente no habla nunca esa lengua: lo insondable, la vida, las otras vidas, el conjunto total de lo real, el bien perfecto, la verdad. No es la lengua especial de ninguna técnica; pero, repito, utiliza la lengua común sencillamente tomándola en el máximo de su tensión. Pues como el hombre no vive nunca sin traumas, sin misterio, sin otras vidas ajenas, sin maravillas, no hay que calumniarlo de entrada suponiendo que jamás alude, al hablar, más que al mundo inmediato, a los seres como fenómenos, a la cotidianidad sin más. Y hasta, ¿por qué no?, puede uno desear hallar en la estructura general de la lengua una referencia incluso constante no sólo a las facilidades de la vida y a sus problemas, sino a sus misterios. A fin de cuentas, la situación de diálogo, que es el lugar común del uso más propio de la lengua una, confronta los secretos de dos vidas mediante el mundo común, y tales secretos saben, en el fondo de sus almas, que lo insondable es también y siempre responsable, autor, de este encuentro.

Naturalmente, nuestro libro es solo una modesta entrada en tales asuntos, porque últimamente se había propuesto el más difícil y excelente de los misterios de la vida. Habla de él en perspectivas muy variadas, porque parece indispensable que así se trate en público del triple tema -sin embargo, unitario- *amor, santidad, política*.